

La apuesta municipalista

En los municipios se encuentran las soluciones. Eso es lo que parece traslucir el nuevo ciclo de activismo que se inicia cuando la «indignación resignada» da paso, tras la irrupción del 15M, a una oleada de «indignación movilizadora» que, buscando presencia y visibilidad pública, ocupa las plazas de un buen número de ciudades de nuestro país. Desde entonces asistimos a una nueva etapa en la que se aspira a tener representación en las instituciones. El municipalismo es su mejor expresión.

La movilización del 15M ha dado (y dará) lugar a múltiples lecturas. Tal vez la principal sea aquella que pone el acento en el hiato entre representantes y representados. En las plazas no sólo se propaga la idea de que las instituciones han sido secuestradas (en el sentido de que han dejado de procurar el interés general), también se eleva una crítica radical al modelo de monopolio partidista de la vida pública. De resultas de ambas, surge el convencimiento de que las instituciones (administraciones públicas, pero también el sistema tradicional de partidos y sindicatos) no han estado a la altura de la urgencia social provocada por la

crisis. La ausencia de respuestas a los problemas y necesidades de la población hace que surjan iniciativas ciudadanas que, ante la omisión de las instituciones, se erigen en los verdaderos garantes de los derechos conculcados.¹ Muchos activistas que no veían en las instituciones su espacio, las conciben ahora como una mediación ineludible en un contexto de emergencia social. La voluntad de «asaltar las instituciones» no será vista como una mera ocupación sino más bien como el ensayo de una «nueva institucionalidad radicalmente democrática».²

El municipalismo

Es en el ámbito municipal donde se piensa que se pueden plasmar mejor y con mayor claridad las nuevas maneras de entender y hacer política que defiende el movimiento ciudadano.³ Primero porque surge de ahí, de las plazas de pueblos y ciudades donde se han abierto lugares de encuentro para aquellas personas que quieren participar en la cosa pública (*Res publica*), espacios en los que no se piden credenciales y se hace posible que gente diversa exprese sus coincidencias sin necesidad de renunciar a sus diferencias. En segundo lugar, porque los municipios son lugares de proximidad y ámbitos abarcables, dos elementos indispensables para sortear la sensación de impotencia que provocan en los ciudadanos las lógicas de poder que emanan de estructuras que los trascienden.

Se concibe a los municipios como un nivel de gobierno decisivo para afrontar la sostenibilidad, la cohesión social y asentar una democracia de calidad. Pueblos y ciudades representan el tejido espacial de la vida social. Particularmente la ciudad presenta esta doble dimensión interactuando: la ciudad como *urbs* y la ciudad como *civitas*. Esta concepción dialéctica desde la que la modernidad ha definido la ciudad evoca la unión de un territorio físico (*urbs*) y de una comunidad de ciudadanos que la habitan (*civitas*). Como espacio físico, la vida económica y social de las ciudades las convierte en un gigantesco sumidero de ingentes cantidades de materiales y energía y en fuentes de contaminación inaceptables para el futuro del planeta. Cómo ocupar y usar el territorio delimitado por un municipio y regular los intercambios materiales con otros territorios se convierten en cuestiones clave cuando se aspira a lograr la sostenibilidad ambiental. Como ámbito donde habita la comunidad de ciudadanos, no puede ser reducida la ciudad a una amalgama de individuos y a un amontonamiento de edificios. Tiene que ser contemplada, por el contrario, como un espacio

¹ Argumento que defiende Jordi Mir en su artículo, «La revolución democrática desde abajo en el municipalismo: ciudadanía, movimientos sociales y otra manera de hacer política», que publicamos en este mismo número, pp. 99-109.

² Así lo ve Julio Alguacil en su contribución a este número de la revista: «(Re)volver a la ciudad para conquistar la calidad de vida», pp. 25-35.

³ A ello se refería M^a Eugenia Rodríguez Palop desde la «zona crítica» que alberga *eldiario.es* el 13 de marzo de 2015: http://www.eldiario.es/zonacritica/hora-asaltar-Madrid_6_366123406.html

relacional del que brotan actividades muy diversas y una amplia variedad de funciones (vitales, culturales, económicas y políticas) que, según la manera en que cristalizan y son reguladas desde el gobierno local, refuerzan o debilitan la cohesión social y la calidad de la democracia.

Límites y tendencias

Ahora bien, la apuesta municipalista debe ser consciente de los límites y tendencias a los que se enfrenta. Por un lado, los límites tienen que ver con las restricciones presupuestarias, el marco que define sus competencias y los cauces de participación habilitados para que el espacio público alcance a ser autogestionado y la ciudad autogobernada por sus ciudadanos y ciudadanas. La insuficiencia financiera de las instituciones locales⁴ es evidente en nuestro país y poco se ha avanzado al respecto. Esto ha comportado que la evolución del gasto público local apenas haya experimentado un crecimiento significativo en los últimos veinticinco años: finalizando los ochenta la descentralización del gasto público en las entidades locales rondaba el 10% y en la actualidad apenas alcanza el 13%. En contraste, las comunidades autónomas han pasado de un 20% a más de un 37% en el mismo periodo. La asignatura de la descentralización del Estado sigue pendiente para el ámbito municipal. Y a la insuficiencia presupuestaria se añade el hecho de que las competencias locales⁵ se estén viendo sometidas a nuevos corsés para poder desempeñar las funciones que tienen encomendados los municipios y que son decisivas para la calidad de vida de sus habitantes: protección del medioambiente, vivienda y servicios comunitarios, protección social, seguridad ciudadana y actividades culturales y recreativas. Tampoco se ha abordado con seriedad en los últimos años el debate acerca de los diseños institucionales y los sistemas de incentivos más adecuados para potenciar la participación de la población.

Por otro lado, las tendencias urbanizadoras del capitalismo financiarizado operan como si fuera posible imaginar una ciudad sin ciudadanos. Como consecuencia, la ciudad se ve anegada por el asfalto y el cemento, provocando la desaparición de aquellos lugares donde sus habitantes podían reconocerse como «conciudadanos», es decir, iguales en derechos y deberes en permanente interacción convivencial. El modelo de ciudad difusa, la conurbación que destruye la idea de ciudad o su transformación en un escenario comercial y de consumo, en un parque temático o museo para turistas, son instrumentos de un urbanismo

⁴ José Manuel Naredo plantea en la breve nota que aparece en este número, «Un tema clave: el modelo de financiación local y su relación con los distintos modelos inmobiliarios» (pp. 53-55), los aspectos fundamentales que determinan la financiación de las entidades locales. El análisis de las haciendas locales será abordado con mayor detalle por Bernardino Sanz en un artículo que será publicado en el próximo número de PAPELES.

⁵ Las consecuencias de la reciente reforma del régimen local son expuestas por Andrés Boix en «Apuntes sobre algunas consecuencias sociales de la reforma local de 2013», aquí publicado, pp. 37-52.

empeñado en desposeer a la ciudadanía de su condición al mercantilizar el espacio urbano y acabar con la ciudad como «bien común».⁶

Para comprender el sentido y alcance de estas tendencias hay que tener presente, como señala Harvey, que la urbanización ha desempeñado un papel crucial en la absorción de excedentes de capital, y lo ha hecho de dos formas: a través de la expansión del proceso urbanizador a una escala geográfica cada vez mayor, pero también a través de reestructuraciones urbanas mediante impetuosos procesos de «destrucción creativa» con fuertes implicaciones de clase y que han supuesto un desplazamiento hacia otro lugar de la población que allí vivía: «la creación de nuevas geografías urbanas bajo el capitalismo supone inevitablemente desplazamientos y desposesión, como horrorosa imagen especular de la absorción de capital excedente mediante el desarrollo urbano».⁷

El significado de la apuesta

Si la apuesta municipalista consiste en recuperar la ciudad para sus habitantes, en última instancia no significará otra cosa que «un mayor control democrático sobre la producción y uso del excedente»,⁸ y deberá comenzar por rechazar la política urbana neoliberal que entregó en las décadas pasadas el espacio urbano a constructores, promotores inmobiliarios y especuladores financieros mediante la desposesión de las masas urbanas del derecho a la ciudad.

Si algo puso en claro la reciente burbuja financiero/ inmobiliaria es que el suelo es objeto del deseo de la acumulación capitalista. El espacio urbano es, a fin de cuentas, producto de relaciones sociales conflictivas entre las estrategias de acumulación de capital y las resistencias ciudadanas que reivindican el derecho a la ciudad. De ahí que seguirá siendo necesario que la muy probable presencia de un gran número de representantes de las candidaturas ciudadanas en los ayuntamientos se vea acompañada de unos reforzados movimientos sociales urbanos capaces de disputar espacios al capital. Sería un error centrar toda la atención en las instituciones descuidando el protagonismo de estos movimientos sociales en sus luchas cotidianas de oposición y resistencia anticapitalista.

La orientación de la apuesta

La apuesta por la toma del gobierno local sólo servirá de algo si consigue abrir los municipios para ponerlos bajo el control democrático de la ciudadanía. De no ser así, es difícil que

⁶ Resignificar la ciudad como espacio común es el propósito de la contribución de Imanol Zubero a este número: «La ciudad como espacio común», pp. 13-23.

⁷ David Harvey, *Ciudades rebeldes*, Akal, Madrid, 2013, p. 39.

⁸ *Ibidem*, p. 46.

dicha apuesta pueda ser contemplada también como parte de un proceso real de transición socioecológica en las ciudades orientado hacia la desmercantilización de la vida social, la descentralización política, el redimensionamiento de la economía y la desmaterialización de los estilos de vida urbanos.

La desmercantilización conlleva la remunicipalización de servicios esenciales para la ciudadanía⁹ y la sustitución de consumos privados e individuales por consumos públicos y colaborativos. Como afirma Mike Davis,¹⁰ la ciudad genera una riqueza pública y social que no sólo sirve para sustituir el consumo y la riqueza privada sino también para transformar la propia estructura social de necesidades.

La descentralización política en barrios y distritos debe estar pensada en términos de participación e implicación de la población desde posiciones de proximidad y sentimientos de arraigo local, para lo que es necesario recuperar la memoria, la identidad y una idea de pertenencia a un determinado espacio. La proximidad y la participación permiten, a su vez, detectar y diagnosticar necesidades y debilidades concretas con las que reorientar las políticas municipales.

El redimensionamiento de la economía puede ser leído como parte de la estrategia con que contrarrestar la excesiva concentración sectorial y geográfica de la actividad económica, favoreciendo así economías a escala humana y relocalizaciones que combatan la fragmentación y especialización de los espacios en una única función. En el ámbito del sector comercial, por ejemplo, resultan ilustrativas las consecuencias antagónicas que, para la conformación de la vida de una ciudad, se desprenden de que predomine o no el modelo de grandes superficies concentradas en polígonos comerciales y de ocio situados en la periferia frente a la actividad comercial de proximidad de pequeños establecimientos localizados en los barrios. Algo similar podría decirse respecto al sector energético: un modelo descentralizado y desconcentrado de generación de energía eléctrica a través de instalaciones fotovoltaicas y térmicas bien integradas en los edificios daría lugar a una ciudad completamente distinta de la que surge del modelo de asentamiento urbano actual que sólo es viable mientras los carburantes se paguen a un precio artificialmente bajo.

La desmaterialización de los estilos de vida tiene una vinculación más directa con todo lo anterior que con la mera aparición de innovaciones tecnológicas encaminadas a conseguir una mayor eficiencia en el empleo de materiales y energía. Es algo que se suele eludir

⁹ Sobre la remunicipalización del agua tras la constatación del fracaso de su privatización puede consultarse: Martin Pigeon, David A. McDonald, Olivier Hoedeman y Satoko Kishimoto (editores), *Remunicipalización: el retorno del agua a manos públicas*, Transnational Institute, Ámsterdam, 2013.

¹⁰ Entrevista a Mike Davis: «Las ciudades son la única solución viable para el futuro», *Sin permiso*, 25/08/2008. <http://www.sin-permiso.info/textos/index.php?id=1884>

Introducción

deliberadamente para evitar que se hagan las oportunas conexiones entre la crisis ecológica actual y la expansión de la civilización capitalista.

En resumidas cuentas, quién sabe si no será la apuesta municipalista hoy la única solución viable para el futuro.

Santiago Álvarez Cantalapiedra

Fe de erratas

En el número 128 de Papeles, p. 117, en el gráfico 1. *Inversión, en porcentaje del PIB, de varios países en infraestructuras de transporte durante 2009* el valor relativo a España debe de ser 1,70% y no 2,70% como aparece en la edición impresa.